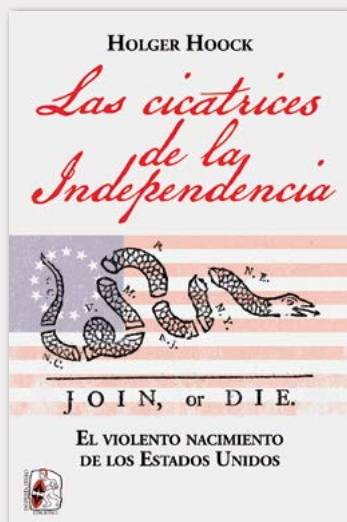


Del Motín del Té al asalto del Capitolio

Frente al relato tradicional de la revolución de los Estados Unidos, buenista y blanqueado a lo largo de los siglos, Holger Hoock nos presenta una historia guerracivilista de implacable violencia física, social y psicológica en el germen de una nación que ayuda a entender la América más actual, y supone además un pertinente recordatorio de que los procesos de independencia rara vez se consiguen sin fractura social ni derramamiento de sangre.



La idea que nos ha sido legada de la independencia de Estados Unidos es la de una rebelión contenida, justa y sujeta a unos cauces ordenados, protagonizada por patriotas en defensa de sus nobles ideales frente a un imperio opresor que gozaba del monopolio de la violencia, un relato inspirador y estimulante que los fundadores hicieron todo lo posible por alimentar tras la guerra. Sin embargo, como el historiador Holger Hoock muestra en esta exhaustivamente documentada y bellamente escrita crónica del nacimiento de los Estados Unidos, la revolución no fue únicamente una batalla en la que dirimir principios morales, también fue una desgarradora y encarnizada guerra civil que dio forma a la nación de maneras que tan solo hemos empezado a vislumbrar. En *Las cicatrices de la independencia*, Hoock desmonta el tradicional relato de la revolución para trazar una descarnada historia de violencia en la que los patriotas americanos persiguieron y torturaron lealistas; en la que los casacas rojas británicos masacraron soldados enemigos y violaron mujeres; en la que los prisioneros eran dejados morir de hambre en barcos infestados y en celdas subterráneas; en la que los afroamericanos que lucharon a favor o en contra de la independencia sufrieron desproporcionadamente; en la que el ejército de Washington emprendió una guerra genocida contra los iroqueses... Con una prosa vigorosa y asertiva, la provocadora obra de Hoock también examina los dilemas morales planteados por esta omnipresente violencia a los que debieron enfrentarse tanto los británicos, que se debatían entre una guerra sin restricciones y la contención hacia los también súbditos de la Corona, como los patriotas, que documentaron crímenes de guerra en un ingenuo esfuerzo de unificar la nación naciente.

Las cicatrices de la independencia.
El violento nacimiento de los
Estados Unidos
978-84-122213-1-2
576 páginas
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

«Implacable... un magnífico libro». *The Economist*



Holger Hoock se formó en Freiburg y en Cambridge, tras lo que se doctoró en Oxford. Actualmente trabaja como J. Carroll Amundson Professor de Historia Británica y vicedecano de estudios de grado e investigación en la Dietrich School of Arts and Sciences de la Universidad de Pittsburg. Entre sus publicaciones destacan *Empires of the Imagination* y *The King's Artists*. Miembro de la Royal Historical Society, Holger Hoock ha sido Kluge Fellow de la Library of Congress; profesor invitado del Corpus Christi College, Oxford; e investigador senior del Institute for Advanced Study de la Universidad de Konstanz.

En librerías el miércoles 31 de marzo. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Revelador [...] Las cicatrices de la independencia obliga al lector a confrontar la realidad visceral de un conflicto demasiado blanqueado desde la nostalgia [...] El mito de un país concebido en el amor, brotado en su forma adulta del muslo de George Washington, deforma nuestro presente tanto como distorsiona nuestro pasado. La obra de Hoock arroja una sorprendente luz sobre la escena principal. No podemos mirar para otro lado».

Jane Kamensky, *The New York Times Book Review*

«Sustentando por una impresionante labor de investigación, Hoock construye una fluida, original y provocadora contribución a la historia de la Revolución de Estados Unidos [...] Retrata una época mucho más caracterizada por la brutalidad generalizada –tanto física como psicológica– que lo que podrían sugerir las percepciones de una lucha por los principios morales y la libertad que han pervivido hasta nuestros días. Episodios magistralmente contruidos que demuestran que la violencia desatada por la Revolución se extendió a lo largo y ancho del país sin apenas dejar ninguna comunidad indemne».

The Wall Street Journal

«Un sobrio correctivo a la versión purificada de la Revolución transmitida generación tras generación [...] y un fascinante caso de estudio del poder de los mitos [...] *Las cicatrices de la independencia* rehúye de las cómodas dicotomías maniqueas para abordar el pasado en toda su complejidad y su ambigüedad. Un retrato equilibrado y sin endulzar».

The Boston Globe

«Ningún lector volverá a imaginar la Revolución como ese incruento boato que nos inculcaron desde niños [...] Hoock pone el dedo en la llaga: entendiendo cómo son en verdad las guerras de liberación nacional, quizás los estadounidenses deberíamos desengañarnos de nuestro entusiasmo respecto a la construcción nacional y la exportación de la democracia [...] Como demuestra, la Revolución fue mucho más brutal de lo que el relato tradicional nos permite entrever».

Adam Gopnik, *The New Yorker*

«Excepcional y necesario desde hace mucho tiempo [...] Las cicatrices de la independencia se atreve a mirar más allá de los principios y percepciones de rectitud que persisten en buena parte de la literatura popular, demostrando que los aspectos operacionales de la guerra se fraguaron en atrocidades e injusticias... cometidas por ambos bandos».

Journal of the American Revolution

«Implacable... un magnifico libro».

The Economist

LAS CICATRICES DE LA INDEPENDENCIA. EL VIOLENTO NACIMIENTO DE LOS ESTADOS UNIDOS

EN POCAS PALABRAS

Las cicatrices de la independencia es una historia sobre la violencia. Es el primer libro acerca de la Revolución estadounidense y la Guerra de la Revolución que centra su enfoque analítico y narrativo en la violencia. Como tal, cuenta la historia de los combatientes, de los prisioneros y de los civiles –fueran hombres o mujeres, célebres o poco conocidos– que experimentaron la violencia como ejecutores, como testigos o como víctimas. Las cicatrices de la independencia es también una historia de historias unidas por la violencia física y psicológica: relatos de persecuciones y de sufrimientos, de barbarie frente a civilización, de venganzas y de reconciliaciones. Los que vivieron aquella época tempestuosa crearon dichos relatos para justificar la brutalidad de sus actos y para ganar aliados a sus causas respectivas.

En este libro, escrito tanto para un público general como para colegas historiadores, he intentado exponer mis argumentos sirviéndome de narraciones y relaciones de episodios, así como del análisis abstrac-



to. El libro se apoya en investigaciones archivísticas recientes llevadas a cabo a lo largo y ancho de Estados Unidos y el Reino Unido, así como en las fuentes impresas, y en un estudio profundo de la Revolución estadounidense. La obra sigue los contornos cronológicos básicos de la Revolución, pero no he intentado ofrecer una investigación completa de la misma ni de la guerra, ni tan siquiera de la violencia de dicho periodo. He preferido centrarme en las motivaciones clave de la violencia política y militar en la que participaron los patriotas y los lealistas anglonorteamericanos, los afroamericanos y los indios norteamericanos, y los británicos y sus tropas auxiliares alemanas.

Durante más de dos siglos, este tema ha sido objeto de un blanqueamiento y de un proceso de memoria selectiva y olvido. Mientras que las gentes de entonces experimentaron la Revolución como algo amenazador, turbulento y divisivo, su omnipresente violencia y terror han fabricado una visión romántica del nacimiento de la nación. Al pintar ahora un crudo retrato de la violencia de la época revolucionaria, podemos ofrecer una nueva luz sobre cómo entendían sus luchas los que la vivieron y cómo los supervivientes y las generaciones posteriores han recordado y alterado la memoria del conflicto.

UNA PERSPECTIVA AMPLIA

Hay buenas razones que explican por qué los estadounidenses pintan su revolución y su guerra de independencia como una historia heroica e inspiradora, como el triunfo de unos ideales elevados frente al abuso imperial, como una lucha unida y unificadora para construir una nación que desembocó en unos Estados Unidos libres e independientes. Sin embargo, al optar por lo anterior, corren el riesgo de ignorar lo que aquellos hechos tuvieron de divisivos y de violentos. Para comprender la Revolución y la guerra –el propio nacimiento de la nación– debemos devolver la violencia, en todas sus formas, al relato. Ese es el objetivo de mi libro.

Con el término «violencia» me refiero al **empleo de la fuerza física con la intención de matar, herir o causar daños a personas o a propiedades. También a la violencia psicológica, es decir, el empleo de amenazas, de tácticas de amedrentamiento, humillación y brutalidad para introducir el temor en**

The Bostonians Paying the Excise-Man, or Tarring & Feathering [Los bostonianos pagando al recaudador, o embreándolo y emplumándolo] (Londres, octubre de 1774), atribuido a Philip Dawe.

la gente e influir en su conducta y sus decisiones.

Los patriotas norteamericanos se sirvieron, para forzar el éxito interno de su revolución, de campañas de terror contra los lealistas. Los patriotas defendieron la independencia de su nueva nación ante el Imperio británico en la guerra de mayor duración que ha tenido lugar en Norteamérica. Los patriotas trataron de ganar esa guerra estableciendo una distinción entre formas válidas e ilegítimas de violencia. Lo hicieron de maneras que se amoldaban a sus ideales políticos: buscaron ganar la guerra moral –que corría paralela con la que se libraba en los campos de batalla– subrayando la brutalidad del enemigo y, a la vez, intentando no sobrepasar los límites que permitían las normas de la guerra mayoritariamente aceptadas en la época. Después de una década de guerra civil, la violencia adicional que se ejerció contra los perdedores de la Revolución complicó el tránsito a una paz que asentara la nación. Cuando, al final de la guerra, los estadounidenses siguieron divididos sobre los usos aceptables de la violencia y los límites de esta, se hizo patente que las heridas que habían infligido y soportado –físicas, psicológicas y metafóricas– habían conformado, en lo más hondo, la naturaleza, el resultado y el legado de su conflicto fundacional.

En este libro, **acompañaremos a los protagonistas por los campos de batalla y los campamentos; iremos a prisiones en tierra firme, bajo esta o en el mar; a las granjas y al interior de los hogares. Descubriremos cómo todos los bandos emplearon el terror: los patriotas contra los lealistas; las fuerzas británicas y sus auxiliares lealistas y alemanes contra los combatientes, prisioneros y civiles rebeldes; el Ejército Continental de George Washington contra los nativos norteamericanos, y los blancos y los negros del Sur enfrentados unos contra otros. Nos acercaremos a las pruebas físicas de la violencia: a las heridas de bayoneta en el cadáver destrozado de un soldado; a la historia de la violación de una niña por soldados enemigos; a las demacradas figuras de los prisioneros de guerra plagados de piojos; a la cabeza cortada de un esclavo que había sido espía y que servía como advertencia a otros para que no se unieran a los británicos; a las columnas de humo que se alzaron en los puertos marítimos de Nueva Inglaterra, en plantaciones sureñas y en los vastos campos de maíz de Iroquoia.** Lealistas, mujeres, antiguos esclavos o rebeldes cautivos, todos ellos experimentaron formas específicas de violencia. De todas direcciones surgen narraciones de persecuciones y atrocidades, de sufrimiento y de sacrificio, de mejora de la vida en común y de venganza, así como intentos de mesura en las acciones, algunas veces con éxito, otras en absoluto.

Los estadounidenses, tanto en el ámbito académico como en el debate público, no suelen evitar el tema

de la violencia en su historia y en su cultura, tendencia que perciben tanto en la historia de la colonización, en el avance de la frontera hacia el oeste y en la esclavitud, pero no en la Revolución. Asimismo, no rehúyen la cuestión de la violencia que caracteriza a la vida actual en Estados Unidos y a su actuación internacional, de lo que dan prueba los debates sobre las numerosas muertes relacionadas con armas de fuego, o las controversias que surgen sobre el empleo de acciones militares preventivas o los ataques con drones. Sin embargo, **llama la atención que los estadounidenses se queden mudos en lo que se refiere al nacimiento de su nación.** Un historiador del nacionalismo durante los primeros años de la república ha pedido, con sensatez, que «debemos intentar comprender el nexo que existe entre nacionalismo y violencia» en los Estados Unidos, en especial porque pocos Estados nación «son tan conocidos por su proclividad hacia la violencia». Esta ceguera parcial contrasta, de forma muy aguda, con la familiaridad general actual acerca de la carnicería de los campos de batalla, el sufrimiento de los prisioneros y la muerte durante la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. De hecho, pareciera que el reconocimiento de los innegables horrores de dicha guerra ha convertido en más acuciante todavía la necesidad de conservar un concepto immaculado del conflicto anterior. «Para muchos estadounidenses, la Revolución es la última visión romántica de la guerra que les queda», escribe la historiadora Carol Berkin. La imaginan como algo «pintoresco e inocuo», una imagen que resulta atrayente en una «época de guerras genocidas, terrorismo y agrios debates sobre el significado del patriotismo». Sin embargo, precisamente porque afrontamos un mundo inseguro, azotado por insurgencias y guerras civiles, revoluciones abortadas y Estados fallidos, los estadounidenses deben enfrentarse a su propio nacimiento tumultuoso. Es hora de acabar con la idealización romántica que persiste en torno al conflicto fundacional de los Estados Unidos.

UN VISTAZO MÁS CERCANO

Devolver, mediante la escritura, la violencia a la historia de la Revolución, nos recuerda que **la guerra por la independencia de los Estados Unidos causó, en proporción, más sufrimiento humano que cualquier otra guerra de la historia del país, a excepción de la Guerra de Secesión.** Desde nuestra perspectiva actual, las cifras absolutas de aquella violencia nos parecen modestas. Es fácil olvidar que la suma de los patriotas muertos en batalla –entre 6800 y 8000–, más los 10 000 que murieron por enfermedad en los campamentos militares y los 16 000 o incluso 19 000 que perecieron en cautiverio equivaldría, porcentualmente, a 3 millones de nuestra población actual, y la cifra sería

notablemente mayor si calculáramos la tasa porcentual de patriotas muertos solo respecto de la población que el bando patriota tenía en 1775 o en 1783. En la Guerra de la Revolución murieron diez veces más estadounidenses per cápita que en la Primera Guerra Mundial, y casi cinco veces más que en la Segunda Guerra Mundial. La tasa de muertes entre los prisioneros de guerra en la época de la Revolución fue la mayor de la historia del país. Además, un mínimo de 20 000 británicos y de varios miles de lealistas, nativos norteamericanos, alemanes y franceses también perdieron la vida. La Revolución exigió sacrificios adicionales al acabar la guerra; entonces, alrededor de 1 de cada 40 estadounidenses se fue al exilio para siempre, cantidad equivalente a 7,5 millones respecto de la población actual.

Como demuestra la Masacre de Boston, a los seres humanos implicados en una lucha les resulta tentador recordar solo la violencia sufrida por su bando e ignorar la soportada por los demás. Es clave, por tanto, que nos acerquemos a la era de la Revolución de forma sistemática, a través de distintas perspectivas: las que nos ofrecen los patriotas, los lealistas, los británicos, los nativos norteamericanos, los negros y los alemanes que participaron. Esto nos permitirá superar las narrativas centradas en una única perspectiva nacional y nacionalista, tanto estadounidenses como británicas, y ver más allá de sus diversos mitos, exageraciones y omisiones. También nos ayudará a **no caer en la trampa de categorizar a uno u otro bando como meras víctimas, traidores o crueles agresores durante lo que los estadounidenses llaman Guerra de la Revolución y los británicos denominan Rebelión Americana o Guerra de Independencia de Estados Unidos.** Es en este sentido en el que, por mi parte, como especialista en historia británica nacido en Alemania que no se ha criado con los mitos de Gran Bretaña ni con los de Estados Unidos, pero que durante las últimas dos décadas ha investigado y enseñado a ambos lados del Atlántico, espero ofrecer una nueva perspectiva.

LO MÁS POLÉMICO

Lo expuesto en este libro viene a dar color y matices, luces y, sobre todo, sombras, a un cuadro totalmente blanqueado por la historiografía estadounidense acerca de la Revolución americana: que no hubo ni buenos ni malos, sino patriotas y lealistas, y todos aquellos entre ambos que no se significaron por ninguna de las dos causas, y la violencia que infringieron y se infringieron. Esta realidad conviene ser recordada en 2021, en un momento en el que los símbolos y las proclamas inspiradas en la Revolución americana vuelven a verse y oírse, esta vez en boca de aquellos que han protagonizado hechos tan sonados como el asalto al Capitolio de



La Sangrienta Masacre perpetrada en King Street, Boston, el 5 de marzo de 1770 por un grupo del 29.º Rgto. (Boston, 1770), de Paul Revere.

los EEUU recientemente. Y no olvidar, como recuerda Hoock, que en aquellos años de 1770 en las colonias americanas británicas, **todo aquel que no se definiera públicamente como patriota corría el riesgo de ser estigmatizado y perseguido como enemigo de los Estados Unidos.** Esto se ve en lo que un neoyorquino le escribió a una amistad londinense acerca de su dilema: **«No hallo gusto en las guerras civiles y no es posible ser solo un espectador».** A medida que escalaba la crisis entre Londres y las colonias, los patriotas pusieron el punto de mira tanto en sus adversarios declarados como en los que no se habían significado. Y lo hicieron no solo con argumentos morales, sino también con amenazas y violencia física. **No hubo guillotina en Boston, Nueva York o Charleston como habría en París dos décadas después, pero la forja de la nueva nación conllevó la exclusión forzosa no solo de los esclavos negros y de los nativos norteamericanos, sino también de los blancos de origen europeo que no se adscribieran al proyecto revolucionario.** Aparte de los nobles ideales de la Revolución, los incidentes violentos no fueron excepciones desafortunadas dentro de una revolución contenida y ordenada. Más bien, y sobre todo en la experiencia vivida por los lealistas, fueron la norma.

ENTREVISTA A HOLGER HOOCK

Pregunta (P): Su libro aborda algunos de los episodios más inquietantes de la Revolución americana, pero estos detalles son en gran parte desconocidos en los Estados Unidos. ¿Cómo se encontró por primera vez con este lado de la guerra? ¿Qué le impulsó a estudiar la historia de los orígenes estadounidenses?

Respuesta (R.): Comencé a sentir curiosidad por la violencia de la era revolucionaria hace una década. Estaba estudiando el arte del siglo XVIII para un libro anterior cuando encontré algunos monumentos en iglesias y catedrales de toda Inglaterra. Todos contaban historias similares de lealistas perseguidos, desposeídos y llevados al exilio por oponerse a la revolución. Y esos desgarradores relatos de persecución y sufrimiento se quedaron conmigo, sobre todo porque eran difíciles de reconciliar con la narrativa convencional que había en mi mente de una revolución contenida y en gran parte no violenta. Así que investigué las historias detrás de esos monumentos y leí más ampliamente en fuentes británicas y estadounidenses. Lo que me llamó la atención fue la magnitud y la omnipresencia de la violencia generada por la furia partidista de la revolución, la primera guerra civil de Estados Unidos, y por una guerra que resultó en un número de víctimas proporcionalmente mayor que cualquier otra guerra en la historia de Estados Unidos, excepto la Guerra de Secesión.

Nacido y criado en Alemania, no había crecido con los mitos nacionales ni de Gran Bretaña ni de Estados Unidos. Pero durante las últimas dos décadas he estado investigando y enseñando la historia de Gran Bretaña y del Imperio británico a ambos lados del Atlántico. Con *Las cicatrices de la independencia* quería traer una nueva perspectiva al momento de la fundación estadounidense: siempre es tentador para los humanos recordar la violencia sufrida por los suyos descuidando, sin embargo, la que padecen los demás.

P. Califica la Revolución como “la primera guerra civil de los Estados Unidos”. ¿Puedes explicar a qué se refiere con esto?

R. La memoria popular estadounidense de la Revolución tiende a centrarse en los grandes hombres blancos que debaten los ideales nobles. Y hay buenas razones por las que los estadounidenses narran su revolución y su guerra por la independencia como una historia heroica y edificante. Pero lo que sostengo en el libro es que para entender la Revolución y la guerra debemos escribir la violencia, en todas sus formas, en la historia. Esto realmente comienza con el reconocimiento de la

Revolución como la primera guerra civil de los Estados Unidos, entre los patriotas y los lealistas. Para defender la Revolución contra sus enemigos internos, los patriotas recurrieron habitualmente a la violencia y el terror, a las amenazas y el acoso, a la violencia física, la tortura y los linchamientos ocasionales. Lo que muestro en el libro es que esta violencia no fue la lamentable excepción a una revolución por lo demás ordenada y limitada: fue omnipresente, necesaria y, de hecho, una característica definitoria de la Revolución estadounidense.

P. ¿Puede describir el alcance de la investigación que realizó al escribir *Las cicatrices de la independencia*? ¿Cuál fue su descubrimiento más sorprendente?

R. Investigué y escribí el libro durante un período de unos siete años, aunque, por supuesto, también estuve enseñando, dirigiendo proyectos, editando un diario y formando una familia. Miré manuscritos en una veintena de archivos en los Estados Unidos y en el Reino Unido: documentos estatales y registros militares, la correspondencia de líderes y los diarios de hombres y mujeres menos conocidos. Leí una amplia gama de fuentes impresas, desde folletos y periódicos hasta poemas, miré imágenes contemporáneas y también estudié la vasta literatura académica sobre la era revolucionaria estadounidense en la que se basa cualquier autor de un libro como este.

No me sorprendió mucho descubrir que la violencia era una presencia omnipresente en esas fuentes; después de todo, sabemos que murieron diez veces más estadounidenses per cápita en la Guerra Revolucionaria que en la Primera Guerra Mundial, y que la tasa de mortandad entre los prisioneros de guerra de la era revolucionaria fue la más alta en la historia de Estados Unidos.

Pero el libro trata tanto sobre las historias de violencia como sobre la violencia real. Y es el poder de esas historias lo que me impresionó en todo momento. Para dar solo un ejemplo, los llamados “hessianos”, esos 36 000 soldados alemanes contratados por la Corona británica son vistos estereotípicamente como los combatientes más crueles: criados en tierras despóticas, no comprometidos con causa británica, siempre desagradables y brutales. De hecho, la evidencia de que los hessianos cometieron peores atrocidades que los británicos es bastante limitada, y los cautivos estadounidenses a menudo temían más a los guardias lealistas y británicos que a los alemanes.

Uno de mis hallazgos más sorprendentes fue cuán sofisticados e implacables fueron los revolucionarios

al documentar los crímenes de guerra británicos y difundir los resultados de sus investigaciones forenses. Si descartamos las acusaciones de violencia excesiva como exageraciones flagrantes, perdemos este enfoque forense innovador para documentar los crímenes de guerra y la persistente campaña moral de los patriotas que centró la atención nacional e internacional en las atrocidades británicas.

P. Cuéntenos más sobre el papel de estos forenses y sus usos propagandísticos.

R. Esto fue debido a la difusión de historias de persecución, sufrimiento y sacrificio con que patriotas y lealistas americanos, y también los británicos, intentaron ganarse el apoyo de la población estadounidense y la simpatía del público en el extranjero. En esta guerra, no solo importaba cómo se comportaba cada bando, sino qué historias podía contar cada uno de manera convincente sobre su conducta y la de sus oponentes.

Y no me refiero solo a rumores y exageraciones sobre atrocidades en el campo de batalla o guerras biológicas, aunque examino esas afirmaciones. Me refiero también a sofisticadas *spin operations* [operaciones propagandísticas retorcidas, de manipulación], como las que tuvieron lugar poco antes del comienzo de la guerra cuando Norfolk, Virginia, una de las ciudades más grandes de Norteamérica, fue destruida casi por completo. Los patriotas alegaron que la marina británica había reducido la ciudad a cenizas. De hecho, amparándose en lo que resultó ser un bombardeo desde el mar bastante ineficaz, fueron los soldados estadounidenses en tierra los responsables de alrededor del 95 por ciento de la destrucción. Los revolucionarios lograron así culpar completamente a los británicos, negarles una base naval y una guarnición en la ciudad, y unir a la opinión pública a la causa americana. George Washington esperaba que tales “argumentos ardientes unieran a todo el país” contra Gran Bretaña.

Aunque las investigaciones estadounidenses esclarecieron la verdad tras el suceso de Norfolk, se ocultó hasta bien entrado el siglo XIX. Esta fue una época con muy poco reportaje de guerra. Hoy, lamentablemente, estamos acostumbrados a los tribunales para juzgar crímenes de guerra y las comisiones de la verdad y la reconciliación después de las guerras civiles. Pero los revolucionarios experimentaron con algunas prácticas verdaderamente innovadoras: médicos, magistrados y oficiales civiles recopilaron pruebas después de los encuentros militares para demostrar que los británicos habían roto los códigos de guerra, por ejemplo, matando a los soldados que se rendían en lugar de concederles cuartel. Llevaron a cabo investigaciones similares con respecto a los prisioneros de guerra y las víctimas de

violación. Luego, el Congreso publicó sus informes y los difundió en los periódicos de las colonias o estados y en Europa.

Los americanos fueron mucho mejores que los británicos para contar una historia coherente de violencia enemiga y convertir la derrota militar en victoria moral, todo con el fin de justificar su rebelión y forjar su nueva nación. Tenían la ventaja crucial de que una historia de victimismo funciona para los colonos, pero no, por regla general, para un imperio. “Controlar la narrativa” no es una preocupación política moderna; siempre ha sido parte de la política, y de la política estadounidense.

P. La terrible violencia de la Guerra de Secesión estadounidense es una parte muy importante de nuestra conciencia nacional. ¿Por qué no es ese el caso de la Revolución americana?

El recuerdo selectivo y el olvido estratégico comenzaron poco después de la propia Revolución. Los lealistas perdedores de la Revolución, y la violencia que habían sufrido, fueron sistemáticamente excluidos del discurso público. Los patriotas controlaron la historia de la Revolución y la guerra en monumentos, desfiles revolucionarios y discursos del 4 de julio, mientras que los lealistas no alimentaron un folclore melancólico de pérdida, como lo hicieron los sureños estadounidenses después de la Guerra de Secesión. (La tendencia británica a hacer la vista gorda ante una derrota sin precedentes también es en parte culpable). Con el tiempo, incluso el énfasis de la era revolucionaria en la sangre que los patriotas derramaron en defensa de su nueva república cedió a una narrativa extrañamente incruenta de la guerra que refleja la imagen de una revolución dócil y en gran parte no violenta.

Cuando Gran Bretaña y los Estados Unidos empezaron a forjar una relación especial a principios del siglo XX, los historiadores minimizaron el legado de violencia entre pueblos afines anglosajones. Durante la Guerra Fría, los llamados historiadores del consenso estadounidense interpretaron la Revolución como una respuesta conservadora a las provocaciones británicas, y las ordalías que habían sufrido los participantes se borraron en gran medida de la historia. Los libros de texto en las aulas de las universidades estadounidenses y las biografías populares de los padres fundadores perpetuaron esta versión romántica y casi pintoresca de la Revolución, en la que las ideas y los ideales ignoran en gran medida el trauma físico y psicológico. Por ello, con *Las cicatrices de la independencia* quería quitar algo de ese romanticismo de la era revolucionaria y verlo como lo que también era: desordenado y divisivo, con participantes de todos los lados luchando contra la violencia.

P. ¿Por qué el uso de la fuerza militar contra los rebeldes americanos fue un tema tan delicado en Gran Bretaña, tanto entre los líderes como entre la sociedad en general?

Esto estaba relacionado en gran parte con las delicadas cuestiones de identidad que abordaba. Los británicos enfatizaron tanto las similitudes como las diferencias entre ellos y sus súbditos norteamericanos. Por un lado, los colonos estaban vinculados a ellos a través de una lengua y una religión compartidas, la Corona y una herencia común de derechos políticos, así como un floreciente comercio. Pero el transporte de convictos de las islas Británicas, la inmigración a gran escala de otros países y la presencia de un cuarto de millón de esclavos africanos habían diluido la "britanidad" [orig. *Britishness*] de los colonos: parecían menos pulidos, menos educados y cosmopolitas. En vísperas de la guerra, los protestantes británicos no anglicanos, así como los comerciantes y artesanos de pueblos y ciudades, tendían a simpatizar con los rebeldes americanos y, al igual que los protestantes irlandeses, se oponían a ir a la guerra. Por el contrario, la mayoría del clero anglicano, así como los abogados y otros profesionales y caballeros que vivían en las ciudades, favorecían el uso de la fuerza, al igual que la mayoría de los escoceses y los habitantes de los condados del norte de Inglaterra. Sin embargo, ya enfatizaron la similitud o la diferencia, o apoyaron o se opusieron al uso de la fuerza para reprimir la rebelión, ambos grupos reconocieron la Revolución americana como una guerra civil dentro del Imperio británico: coloniales hasta 1776; lealistas y británicos hasta 1783.

Entre los líderes políticos y militares, los de línea dura abogaban por el uso de una fuerza punitiva extrema para aplastar la insurgencia colonial, de acuerdo con las formas en que Gran Bretaña había respondido a rebeliones anteriores. En el extremo opuesto estaban aquellos líderes que propusieron la conciliación, no la guerra, o que sugirieron que se desplegara una fuerza mínima para presionar a los colonos a negociar un acuerdo. La crisis estadounidense dividió incluso al ejército británico. La mayoría de los oficiales ordenados para servir en América finalmente obedecieron, incluidos aquellos que al principio se habían opuesto a la coerción, pero varios optaron por poner fin a sus carreras en lugar de tomar las armas contra súbditos.

P. ¿Cómo moldeó la Guerra revolucionaria las ideas contemporáneas sobre los límites aceptables de la violencia en la guerra?

R. A finales del siglo XVIII, los abogados y oficiales europeos compartían ciertos códigos que distinguían entre métodos legítimos e ilegítimos de librar la guerra y proscribían la violencia excesiva contra combatientes

enemigos, cautivos y civiles. En teoría, los rebeldes no tenían derecho a la protección de esos códigos de guerra al estilo europeo. Un rebelde capturado no era un prisionero de guerra sino un traidor "destinado a la horca". En la práctica, la gran cantidad de cautivos americanos y el riesgo real de represalias contra los prisioneros británicos significaba que los rebeldes capturados eran tratados en la mayoría de los aspectos como cuasi prisioneros de guerra. Muchos líderes sabían que la reputación de Gran Bretaña como un imperio humano y civilizado sería objeto de escrutinio. Algunos abogaron por el humanitarismo estratégico para maximizar las posibilidades de reconciliación de posguerra.

Los patriotas americanos, a su vez, buscaron librar la guerra de maneras que coincidieran con sus ideales políticos: al resaltar la brutalidad del enemigo mientras se esforzaban por cumplir con los códigos de guerra imperantes, los revolucionarios intentaron ganar la guerra moral que acompañó al conflicto en campaña. En el general George Washington, los americanos tenían un comandante en jefe que se esforzaba por respetar los códigos de la guerra y deseaba que lo vieran haciéndolo. Siempre que los británicos cometían atrocidades en el campo de batalla o maltrataban a los prisioneros de guerra, los líderes americanos apelaban a la nación y al mundo para que fueran testigos de cómo la nueva América estaba superando en civilización al Imperio británico.

Después de la guerra, el recuerdo de los cautivos americanos martirizados en pestilentes barcos prisión y de otros dados por muertos en Asia y África, llevó a Estados Unidos a pensar de manera creativa sobre el derecho internacional. Cuando los Estados Unidos firmaron un tratado de amistad y comercio con Prusia en 1785, el documento incluía una cláusula sin precedentes que establecía pautas para el tratamiento de los prisioneros de guerra en un conflicto futuro: normas mínimas para la alimentación, el alojamiento y el ejercicio al aire libre; la prohibición de meter prisioneros en mazmorras o barcos-prisión y transportarlos a Asia o África. En el momento de su violento nacimiento, los Estados Unidos lideraron con el poder del ejemplo moral, al menos en el escenario internacional.

P. Usted escribe que para los estadounidenses negros, y especialmente para los esclavos, la Revolución trajo más violencia y un gran peligro, pero también, en algunos casos, oportunidades. ¿Lo puede explicar?

R. Para los africanos en América, la Revolución representó una paradoja. Ambas partes confiaron en diversos grados en los americanos negros para apoyar

su esfuerzo de guerra, y ambas partes continuaron tolerando la esclavitud. Al comienzo de la guerra, lord Dunmore, el último gobernador real de Virginia, y más tarde el general sir Henry Clinton, el comandante en jefe británico, prometió la libertad a los esclavos pertenecientes a los rebeldes americanos. Ambos decretos de emancipación fueron medidas estratégicas, diseñadas para diezmar la fuerza laboral (especialmente en el sur rebelde), fortalecer la infraestructura de apoyo del ejército británico y avivar el miedo blanco a los disturbios de los esclavos, aunque al final resultaron contraproducentes y solo reforzaron a los rebeldes blancos en su voluntad de resistir.

Los negros, sin embargo, no eran solo peones en una lucha colonial-imperial blanca. Para muchos del medio millón de negros que vivieron en Estados Unidos durante la guerra, la proclamación de Clinton en particular representó una oportunidad. En miles de actos de resistencia, los afroamericanos emprendieron la lucha para afirmar sus propios intereses e identidad en la agitación que fue la Guerra revolucionaria. Pero ya decidieran huir de sus amos o quedarse en las plantaciones, los negros continuaron enfrentándose a la violencia de la discriminación racial y de la guerra y al impacto desproporcionado de enfermedades contagiosas como la viruela.

P. ¿Cómo cambia la comprensión de la naturaleza violenta de la Revolución la forma en que pensamos de los fundadores? ¿Con qué eficacia curaron a la nación después de la guerra civil?

R. El tratado de paz de 1782 entre los Estados Unidos y Gran Bretaña requería que los estados americanos concedieran una amnistía general a todos los exlealistas, con algunas cláusulas ineficaces bajo las que el Congreso simplemente recomendaría a los estados que restauraran las propiedades confiscadas y aquellas pertenecientes a “verdaderos súbditos británicos” (a otros exiliados en tiempos de guerra se les permitiría regresar durante doce meses para intentar recuperar sus propiedades). Quizás no sea sorprendente que los lealistas que regresaran inicialmente experimentarían una violencia renovada contra ellos, especialmente si habían tomado las armas por los británicos o los habían ayudado de otras maneras: en muchas regiones se vieron más alquitranadas y emplumadas, algunos lealistas fueron asesinados cuando intentaron regresar a sus comunidades anteriores, y muchos más fueron prendidos y expulsados para siempre.

Pero mientras algunos estados se tomaron su tiempo para derogar la legislación discriminatoria, también hubo líderes americanos que advirtieron que preservar los ideales de la Revolución y mantener la reputación internacional de los Estados Unidos

como una nación honorable y respetuosa de los tratados requería reconciliación. Después de ganar la guerra moral –creían– Estados Unidos también tenía que ganar la paz. Estos líderes incluyeron a George Washington y su antiguo edecán, Alexander Hamilton, quienes agregaron argumentos económicos a favor de la reconciliación, advirtiendo que si los leales se iban en grandes cantidades, se llevarían capital, habilidades profesionales y su capacidad de consumo con ellos. Y Hamilton ejerció como abogado lo que predicó: defendió a decenas de lealistas en los tribunales de Nueva York bajo las Leyes de Confiscación, Citación y Transgresión que, como él argumentó, los discriminó ilegalmente.

Aun así, los restos de las políticas oficiales antilealistas sobrevivieron en muchos estados al menos hasta el cambio de siglo. Y hasta principios del siglo XIX, el sentimiento antilealista también siguió siendo un arma táctica útil en las elecciones. Sin embargo, a pesar de tales corrientes subterráneas de animadversión, la generación fundadora integró gradualmente su nueva nación. Incluso Benjamin Franklin, que nunca perdonó a su propio hijo William por convertirse en un líder lealista durante la Revolución, finalmente trabajó para reintegrar su estado natal de Pensilvania.

Con todo, la reconciliación se produjo más rápidamente que en muchos otros países después de una década de amarga guerra civil. Y, por supuesto, los Estados Unidos de posguerra evitaron la dictadura militar y, al menos por un tiempo, una nueva guerra civil importante. Pero este resultado también implicó contradicciones no resueltas para el imperio de libertad emergente de Estados Unidos, más dolorosa y violentamente el atrincheramiento y extensión de la esclavitud y la exclusión –y pronto la aniquilación– de los nativos americanos.

P. ¿Cómo debería informar este retrato del conflicto fundacional de los Estados Unidos en la forma en que los estadounidenses conciben su país hoy en día?

R. Una imagen sin adornos de la Revolución, por supuesto, revela su ferocidad definitoria, pero también nos ayuda a apreciar sus logros duraderos y discernir sus complicados legados. Mirar de nuevo las cicatrices de la independencia a través de los ojos de los participantes de todos los lados nos permite desenredar las tensiones inherentes entre los objetivos morales de los Estados Unidos y las tendencias violentas.

Leí la historia violenta de la concepción no tan inmaculada de la nación americana como una advertencia para el imperio estadounidense moderno, con su impulso persistente de intervenir en las revoluciones y conflictos civiles de otros países y su búsqueda de la construcción de la nación en regiones poco entendidas.

Ver las contradicciones de la fundación de Estados Unidos con más claridad y estar alerta a los posibles escollos de perseguir objetivos morales por medios violentos, aconseja, creo, un enfoque del liderazgo global menos misionero y agresivo de lo que vimos a principios de este siglo. Sin embargo, en este momento político en particular, los nuevos líderes de Estados Unidos hacen bien en recordar que sus fundadores adoptaron una perspectiva internacionalista, no aislacionista, ansiosos por comprometerse con otras naciones y alentando el libre comercio y la inmigración. Al mismo tiempo, mantuvieron el principio de proyectar el poder del ejemplo de Estados Unidos, tanto como el ejemplo de su poder.

En términos de política doméstica, la desigualdad racial se incrustó en la misma fundación: la Revolución fue seguida por el atrincheramiento y extensión de la esclavitud y la exclusión y pronta aniquilación de los nativos americanos. Cuando terminé el libro en la primavera de 2016, expresé mi esperanza en que los estadounidenses comenzaran a enfrentar muchas verdades dolorosas sobre su sociedad, quizás más directamente de lo que lo habían hecho durante algún tiempo: discriminación racial desde el derecho al

voto hasta la policía y la justicia penal; desigualdad socioeconómica; un sistema de inmigración roto. Especulé que también podrían estar dispuestos a reevaluar los comienzos de su nación, a dejar de lado su último gran romance con la guerra y reflexionar sobre los legados contradictorios del violento nacimiento de la nación.

Pero en la tumultuosa campaña electoral de 2016, vimos las profundidades del nativismo, el sentimiento antiinmigrante y el racismo en partes de la sociedad estadounidense (haciéndose eco de los sentimientos también evidentes en el referéndum del Brexit del Reino Unido). Las escenas de violencia contra los disidentes en los mítines recordaron los lados más desagradables de la cultura política de los primeros Estados Unidos. El espectro de una renovada tortura de prisioneros patrocinada por el Estado amenazaba con socavar las mejores tradiciones fundacionales del país. Mientras la demagogia, el autoritarismo y las tendencias discriminatorias amenazan el experimento democrático estadounidense que los fundadores iniciaron hace un cuarto de milenio, ahora depende de los ciudadanos mantener el tipo de sociedad respetuosa, abierta, justa y libre que desean habitar.

ÍNDICE

Mapas

Prefacio

Introducción

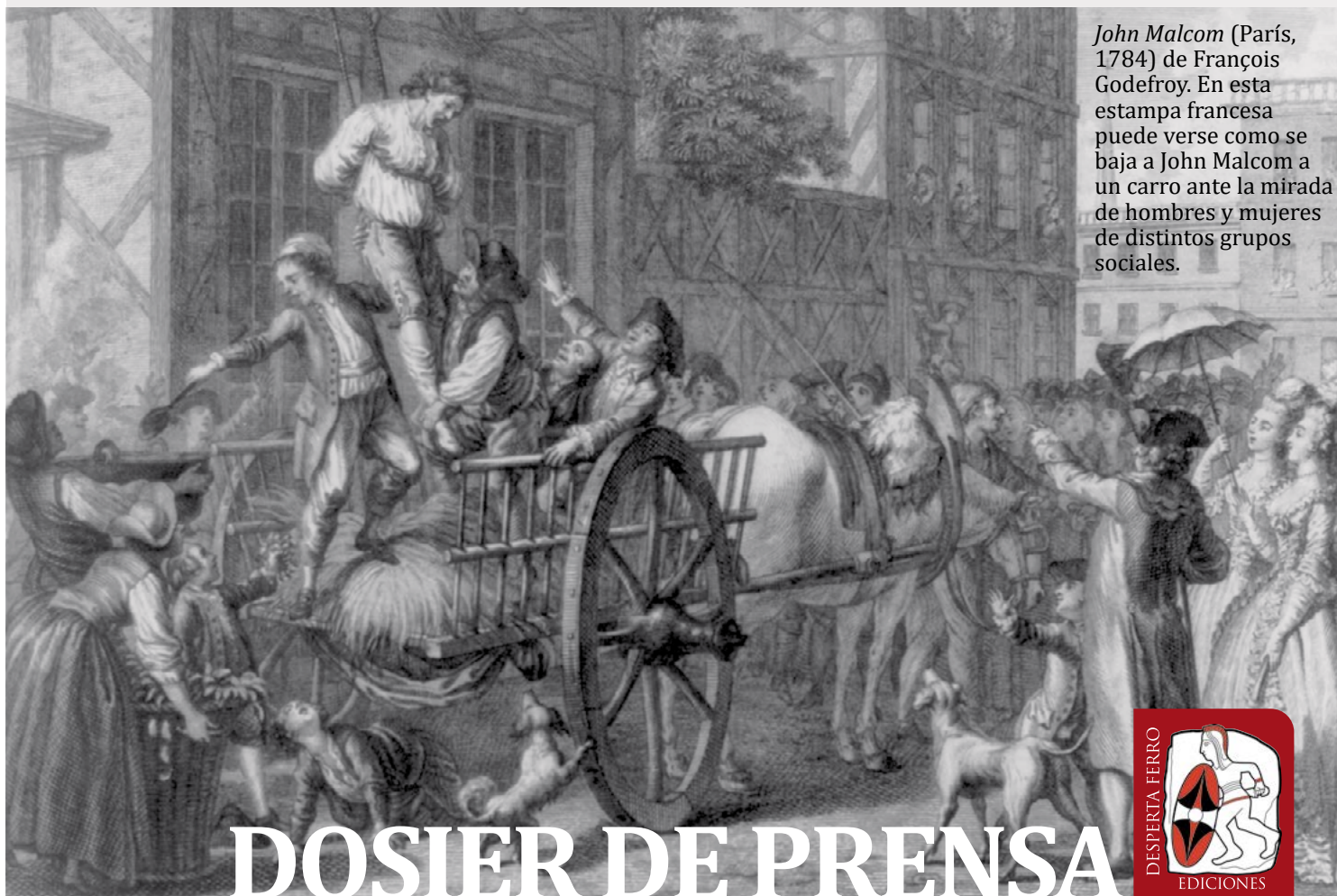
- 1 A la caza del *tory*
- 2 El dilema de Gran Bretaña
- 3 El Rubicón
- 4 Los protectores saqueadores
- 5 Cuerpos violados
- 6 Mataderos
- 7 Agujeros negros
- 8 ¡Hacedlos rebanadas!
- 9 Destructor de Pueblos
- 10 La americanización de la guerra
- 11 Hombre por hombre
- 12 Los perdedores que regresaron

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

Créditos de las imágenes



John Malcom (París, 1784) de François Godefroy. En esta estampa francesa puede verse como se baja a John Malcom a un carro ante la mirada de hombres y mujeres de distintos grupos sociales.

DOSIER DE PRENSA

PREFACIO

Las cicatrices de la independencia es una historia sobre la violencia. Es el primer libro acerca de la Revolución estadounidense y la Guerra de la Revolución que centra su enfoque analítico y narrativo en la violencia. Como tal, cuenta la historia de los combatientes, de los prisioneros y de los civiles –fueran hombres o mujeres, célebres o poco conocidos– que experimentaron la violencia como ejecutores, como testigos o como víctimas. *Las cicatrices de la independencia* es también una historia de historias unidas por la violencia física y psicológica: relatos de persecuciones y de sufrimientos, de barbarie frente a civilización, de venganzas y de reconciliaciones. Los que vivieron aquella época tempestuosa crearon dichos relatos para justificar la brutalidad de sus actos y para ganar aliados a sus causas respectivas.

Al evocar la experiencia de la violencia en sus múltiples formas –y las reacciones físicas, emocionales e intelectuales de la gente que ha convivido con ella–, hemos de reconocer que las narraciones de actos de brutalidad y de sufrimientos tienen una gran fuerza retórica, aunque sea, como ha señalado la especialista Rachel Cleves, debido a que «el espectáculo de la violencia [...] nos repele y nos atrae a la vez». No hay duda de que las palabras crueles pueden ser tan dañinas como las armas. En mi búsqueda de la forma de escritura más apropiada para temas tan delicados, me ha resultado inspiradora una dolorosa y brillante historia de Marcus Rediker, *The Slave Ship*, y su advertencia de que no debemos caer en la «violencia de la abstracción», de limitarnos a relatar –y, por tanto, deshumanizar– «una realidad que debemos, por razones morales y políticas, comprender con exactitud». También Wayne E. Lee, especialista en la historia cultural de la guerra y la violencia, nos recuerda: «La historia académica rara vez hace justicia a la sangre, el sudor, el miedo y los vientres destripados a causa de la violencia de la guerra. Por otro lado, las meras narraciones asépticas muy pocas veces abarcan la complejidad de las situaciones en las que los humanos llegan a desear matar o se ven obligados a morir». En este libro, escrito tanto para un

público general como para colegas historiadores, he intentado exponer mis argumentos sirviéndome de narraciones y relaciones de episodios, así como del análisis abstracto. El libro se apoya en investigaciones archivísticas recientes llevadas a cabo a lo largo y ancho de Estados Unidos y el Reino Unido, así como en las fuentes impresas, y en un estudio profundo de la Revolución estadounidense. La obra sigue los contornos cronológicos básicos de la Revolución, pero no he intentado ofrecer una investigación completa de la misma ni de la guerra, ni tan siquiera de la violencia de dicho periodo. He preferido centrarme en las motivaciones clave de la violencia política y militar en la que participaron los patriotas y los lealistas anglonorteamericanos, los afroamericanos y los indios norteamericanos, y los británicos y sus tropas auxiliares alemanas.¹

Durante más de dos siglos, este tema ha sido objeto de un blanqueamiento y de un proceso de memoria selectiva y olvido. Mientras que las gentes de entonces experimentaron la Revolución como algo amenazador, turbulento y divisivo, su omnipresente violencia y terror han fabricado una visión romántica del nacimiento de la nación. Al pintar ahora un crudo retrato de la violencia de la época revolucionaria, podemos ofrecer una nueva luz sobre cómo entendían sus luchas los que la vivieron y cómo los supervivientes y las generaciones posteriores han recordado y alterado la memoria del conflicto.



INTRODUCCIÓN

Fuera de la Casa de Aduana, el imponente edificio de ladrillo donde se guardaban los archivos de la aduana y la recaudación de las tasas, una muchedumbre cada vez mayor de varios centenares de individuos se encaramaba a 9 soldados británicos. Antes, cuando habían comenzado a sonar las campanas, Thomas Preston, el capitán irlandés de cuarenta años que estaba de servicio en aquel momento, había llegado al lugar a 1 cabo y 6 granaderos del 29.º Regimiento de Infantería desde el cercano puesto de guardia principal. El destacamento había pasado entre el aluvión de gente alborotada con la intención de apoyar al soldado Hugh White, el único centinela británico que protegía la Casa de Aduana. White había golpeado a un aprendiz de peluquero con su mosquete, después de que el muchacho hubiera hostigado a un oficial británico. Al poco, la creciente multitud comenzó a lanzarle bolas de nieve y a insultarlo, lo que le hizo temer por su seguridad. Ahora había retrocedido y formaba, con los altos granaderos, un semicírculo defensivo de espaldas al edificio, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Muchos integrantes de la masa también iban armados: sus armas eran variadas, desde los palos que algunos llevaban blandiendo toda la tarde hasta los cuchillos y las espadas de cesta escocesas que otros habían escondido bajo sus abrigos antes de salir a la calle aquella noche. Cuando menos, tres de aquellos hombres, así como tres de los soldados a los que se enfrentaban, ya habían intercambiado golpes en la cordelería la semana anterior.

El lugar de su renovado encuentro, la Casa de Aduana, simbolizaba el detestado sistema imperial de impuestos que Gran Bretaña les había endosado a sus trece colonias de la costa del Atlántico después de su victoria en la Guerra de los Siete Años, en 1763. Gran Bretaña quería que las colonias contribuyeran a sufragar los gastos desembolsados durante el pasado conflicto y también los de su futura defensa. También que aportaran fondos para la manutención de un ejército de 10 000 soldados británicos apostado en Norteamérica. Durante años, Massachusetts había encabezado la oposición a estas nuevas políti-

cas imperiales, tanto por vías legales como extralegales. Los bostonianos protestaron contra la Ley del Timbre (Stamp Act) que había establecido un nuevo impuesto a todo tipo de papel impreso. Después de que dicha ley fuera rechazada, arremetieron contra las Leyes de Townshend (Townshend Acts) que creaban tasas sobre productos de importación como el cristal, el plomo y el té. Hicieron una petición al gobierno imperial y persuadieron a once colonias para que boicotearan las importaciones de Gran Bretaña. Una multitud de hombres y mujeres se amotinaron, dañaron propiedades e intimidaron e hirieron a funcionarios de aduanas y a individuos que no se plegaron al boicot. Apenas un mes antes de los sucesos de nuestra narración, una muchedumbre de un millar de personas había asediado la casa de un informante de la aduana que había delatado a algunos de sus paisanos norteamericanos por violar la normativa de impuestos imperial. Al disparar este individuo contra aquella masa de gente, un niño de once años se convirtió en mártir de la causa.²

El punto de inflexión había tenido lugar en 1768. Entonces, el gobierno británico envió varios miles de soldados a Boston a proteger el sistema de recaudación de impuestos. Esta demostración de poder militar, similar a la efectuada antes en Irlanda o en Escocia, fue un movimiento de la Corona que se percibió como una provocación. En una población urbana de 15 000 o 16 000 personas, el número de soldados llegó a ser similar al de vecinos de raza blanca de más de dieciséis años. La circunstancia de que entre los soldados abundaran los irlandeses tampoco contribuyó a la paz.



INTRODUCCIÓN

Un cuarto de milenio después, en la memoria popular sobre la Revolución estadounidense, la Masacre de Boston es una especie de anomalía: es un suceso violento que sí reconocemos y recordamos. Sin embargo, la Revolución también fue violenta en formas que no recordamos, o que no podemos llegar a imaginar, porque se les ha puesto una sordina o incluso porque han sido borradas por completo del relato convencional. Aunque desde el siglo XVIII se haya invocado a la Revolución estadounidense, una y otra vez, en defensa de todo tipo de causas –el ejemplo actual más prominente tal vez sea la oposición del Tea Party a la reforma del sistema de protección sanitaria–, su violencia inherente se ha minimizado a menudo. El resultado ha sido que se ha perpetuado una narración en exceso sentimental de la guerra que dio origen a los Estados Unidos. Incluso los retratos de los hambrientos y desharrapados soldados de George Washington, que nos los muestran tiñendo con sus pies de rojo la nieve de Valley Forge, son la evocación nostálgica de unos mártires, y no la representación de unos guerreros curtidos en batalla. La memoria popular estadounidense sobre esta época tiende a centrarse en unos admirables hombres blancos que debatían sobre la independencia en unas reverenciadas salas de Filadelfia, o en Mount Vernon y Monticello*, «como si la guerra –escribe el historiador Edward Larkin (y nosotros añadiríamos, como si la violencia ejercida de unos norteamericanos sobre otros)– fuera solo algo coincidente o secundario a la Revolución».¹⁶

Hay buenas razones que explican por qué los estadounidenses pintan su revolución y su guerra de independencia como una historia heroica e inspiradora, como el triunfo de unos ideales elevados frente al abuso imperial, como una lucha unida y unificadora para construir una nación que desembocó en unos Estados Unidos libres e independientes. Sin embar-

* N. del T.: Mount Vernon y Monticello eran los nombres de las plantaciones y residencias respectivas de George Washington y de Thomas Jefferson.

go, al optar por lo anterior, corren el riesgo de ignorar lo que aquellos hechos tuvieron de divisivos y de violentos. Para comprender la Revolución y la guerra –el propio nacimiento de la nación– debemos devolver la violencia, en todas sus formas, al relato. Ese es el objetivo de mi libro.

Con el término «violencia» me refiero al empleo de la fuerza física con la intención de matar, herir o causar daños a personas o a propiedades. También a la violencia psicológica, es decir, el empleo de amenazas, de tácticas de amedrentamiento, humillación y brutalidad para introducir el temor en la gente e influir en su conducta y sus decisiones. Los patriotas norteamericanos se sirvieron, para forzar el éxito interno de su revolución, de campañas de terror contra los lealistas. Los patriotas defendieron la independencia de su nueva nación ante el Imperio británico en la guerra de mayor duración que ha tenido lugar en Norteamérica. Los patriotas trataron de ganar esa guerra estableciendo una distinción entre formas válidas e ilegítimas de violencia. Lo hicieron de maneras que se amoldaban a sus ideales políticos: buscaron ganar la guerra moral –que corría paralela con la que se libraba en los campos de batalla– subrayando la brutalidad del enemigo y, a la vez, intentando no sobrepasar los límites que permitían las normas de la guerra mayoritariamente aceptadas en la época. Después de una década de guerra civil, la violencia adicional que se ejerció contra los perdedores de la Revolución complicó el tránsito a una paz que asentara la nación. Cuando, al final de la guerra, los estadounidenses siguieron divididos sobre los usos aceptables de la violencia y los límites de esta, se hizo patente que las heridas que habían infligido y soportado –físicas, psicológicas y metafóricas– habían conformado, en lo más hondo, la naturaleza, el resultado y el legado de su conflicto fundacional.¹⁷



CAPÍTULO 1 A LA CAZA DEL TORY

La mayoría de los coetáneos conocían ya, sin duda, el procedimiento que Malcom iba a tener que soportar. Si alguno necesitaba refrescarse la memoria, podía consultar la receta que había recordado otro lealista de Massachusetts: «En primer lugar se desnuda a la persona, luego se calienta la brea hasta que esté fina y entonces se vierte sobre la piel desnuda, o se unta con un cepillo de brea, *quantum sufficit* [la que haga falta]». Aquella noche, la muchedumbre se hizo con un barril de brea en un embarcadero cercano. «Después, se espolvorean con generosidad sobre la brea, mientras esta sigue caliente, tantas plumas como se le vayan quedando adheridas». Es posible que los torturadores de Malcom, al comenzar su tarea aquella noche, hubieran traído consigo algunas almohadas de sus propios hogares. «Entonces se acerca una vela encendida a las plumas y se intenta que todas prendan fuego; si arden, mucho mejor. Sin embargo, como el experimento se hace, a menudo, con tiempo frío», igual que aquella noche de enero, «entonces no tendrá éxito; se coge entonces un dogal, se le pone alrededor del cuello a la persona, y se la pasea montada en un carro».

Después de que Malcom fuera llevado a la fuerza a un carro, sus agresores vertieron brea caliente por su cabeza y amplias zonas de su cuerpo. La pez le quemaba la piel y le escaldaba la carne. Después la multitud lo cubrió de plumas y luego empujó el carro hasta la Town House –donde tenían su sede el gobernador, la cámara legislativa y los tribunales–, que podemos ver ilustrada en el centro de la imagen de la Masacre de Boston creada por Revere. Lo azotaron con dureza en distintos lugares y, a medio camino entre la residencia del gobernador y la Sala de Juntas de Old South (Old South Meeting House), le ordenaron que maldijera a Thomas Hutchinson, el entonces odiado gobernador real de la provincia de la Bahía de Massachusetts, cuya casa había sido prácticamente desbaratada por una turba que se alzó contra la Ley del Timbre en 1765. Malcom se negó. Lo llevaron al Árbol de la Libertad, un enorme olmo situado en la esquina de Essex donde, de nuevo, declinó con valor

(o con temeridad) insultar al gobernador. Entonces lo arrastraron al patíbulo municipal con una cuerda alrededor del cuello que hacía presagiar lo peor, pero incluso así no cedió. ¿Podían, al menos, «ejecutar sus amenazas en lugar de continuar con su tortura»? les rogaba entonces Malcom. Le inmovilizaron las manos en la espalda, lo ataron al patíbulo, o tal vez pasaron la cuerda por encima del poste horizontal, y le golpearon con sogas y palos. Según un testimonio, amenazaron con cortarles las orejas. Los torturadores le pidieron de nuevo que maldijera al rey y al gobernador, pero él, desafiante, los acusaba a todos de traidores. Al final, con la brea ya solidificándose en su cuerpo aterido, Malcom no pudo más y maldijo tal como le ordenaban.

Tras ultrajarlo y humillarlo, los atormentadores de Malcom sumaron una última agresión. Le hicieron tragar una cantidad ingente de té a la salud del rey y de otros miembros de la familia real. Malcom se atiborró del líquido hasta que se puso pálido y «llenó el cuenco que acababa de vaciar». Lo golpearon de nuevo hasta la Casa de Aduana y durante todo el camino hasta Copp's Hill, donde concluyó aquel «espectáculo de horror y crueldad gratuita», según lo describió Anne Hulton, que había durado cinco horas. George R. T. Hewes, que más tarde se distanciaría de la brutalidad callejera (y que tampoco había esgrimido ningún arma durante la noche de la Masacre de Boston), había seguido la procesión con una sábana para proteger a Malcom, que se encontraba en un estado de hipotermia. En torno a la medianoche, ya de vuelta en el exterior de la vivienda de la víctima, por fin «lo arrojaron rodando del carro igual que a un perro». Los médicos, escribió Hulton, pensaban «imposible que esta pobre criatura pueda vivir. Dicen que la carne se le despega de la espalda a tiras».



CAPÍTULO 1 A LA CAZA DEL TORY

Para poner en práctica el boicot diseñado en el acuerdo de la Asociación, el Congreso Continental exigió que se eligiera «un comité en cada condado, ciudad y villa» de cada colonia «para observar con atención la conducta de todas las personas en contacto con esta Asociación». Si se descubría que un individuo no seguía el boicot, era denunciado (o, a veces, denunciada) en los periódicos, para que «todos los adversarios de los derechos de la *América británica* puedan ser conocidos de forma pública, y para que sean repudiados por todo el mundo como enemigos de la libertad *americana*». Es fácil imaginar cuán siniestras deben haberles sonado estas palabras a los oídos de los escépticos, y no digamos ya a quienes se oponían al boicot. El Congreso Continental no entró en el detalle de cómo habían de funcionar estos comités; cada uno de ellos tenía libertad para establecer normas adicionales. Nadie sabía el resultado exacto que este experimento de control popular acabaría teniendo.

No tardaron en formarse, por todas las colonias, «comités de seguridad», su ominosa denominación imitaba la de grupos similares que se habían organizado durante la Guerra Civil inglesa, en el siglo anterior. En la primavera de 1775, ya había 7000 hombres que servían en estos cuerpos. Al teniente lealista James Moody le parecía que los rebeldes «enloquecían a casi todo el país» con sus comités y sus amenazas de «¡Únete o muere!». Los comités investigaban y castigaban a los sospechosos de violar las reglas de la Asociación. Cualquier persona que consideraran desleal a la causa norteamericana estuvo, desde entonces, en riesgo de ser perseguido. En los pueblos y las comarcas, a lo largo de todas las colonias, los comités crearon un clima social peligroso que amenazaba con violencia psicológica y física a quienes los revolucionarios llamaban con desprecio *tories* y nosotros hoy llamamos lealistas.⁴

Según un estereotipo asentado hace mucho tiempo, los lealistas eran sobre todo individuos blancos y anglicanos pertenecientes a las élites acomodadas. Pero lo cierto es que entre los lealistas no solo

había funcionarios imperiales y grandes terratenientes, sino también comerciantes, granjeros, tenderos, panaderos, sastres, así como artesanos pobres y trabajadores. Y no solo eran anglicanos: entre ellos también había cuáqueros, metodistas, hugonotes franceses y católicos irlandeses. La documentación histórica nos ofrece alguna que otra instantánea demográfica: de entre los vecinos varones de Deerfield, Massachusetts, que habían sido identificados como lealistas –y que comprendían entre un tercio y la mitad del total de la población–, un 40 % eran comerciantes, propietarios de tabernas y artesanos, un 30 % granjeros y un 15 % profesionales. Había lealistas en todos los estratos sociales y en todas las regiones geográficas. No es aventurado afirmar que no había ningún colono norteamericano en 1775 que no conociera a algún lealista.⁵



CAPÍTULO 3 EL RUBICÓN

La violencia imperial, lejos de someter por el terror a los colonos rebeldes, parecía avivar las llamas de la insurrección.⁹

En Gran Bretaña, los críticos declarados del gobierno se dieron perfecta cuenta. Uno de los más clarividentes fue el parlamentario Edmund Burke, cuya excelsa inteligencia y elevada retórica aportaron muchos momentos memorables a la Cámara de los Comunes. En una famosa intervención favorable a la reconciliación con las colonias de marzo de 1775, Burke, irlandés de nacimiento, había explicado por qué toda política coercitiva en Norteamérica estaba condenada al fracaso: en parte porque los colonos eran descendientes de los ingleses, protestantes y amantes de la libertad, y en parte por la enorme distancia que los separaba del gobierno central. Pese a todo, las sólidas razones del parlamentario no pudieron frenar el impulso que ya estaba en marcha. En el otoño, Burke dirigió su atención a los peligros de lo que entonces se llamaba guerra de desolación, consistente en incursiones de castigo contra objetivos militares vulnerables, contra civiles y sus propiedades, y destinada a amedrentar al enemigo hasta someterlo. Para los partidarios de la línea dura, la guerra de desolación era una respuesta inevitable a la rebelión. Burke, en cambio, dudaba de dicho razonamiento: en el mejor de los casos, «la guerra *depredatoria* o por aflicción» podría irritar a los adversarios, pero jamás podría atraerlos a aceptar la autoridad del agresor. Burke estaba convencido de que esa estrategia solo reforzaría la determinación de los colonos y prolongaría el conflicto.¹⁰

Lo que Burke y sus colegas miembros del Parlamento no podían saber aún era que la guerra de desolación ya estaba en marcha al otro lado del Atlántico. Una vez que se supo la noticia del bombardeo, las reacciones, tanto domésticas como en ultramar, confirmaron el análisis de Burke. Los periódicos escépticos de Gran Bretaña avisaron de que las «sanguinarias y coercitivas medidas aplicadas contra los americanos [...] no producirán nada salvo el amargo fruto de la ruina, la miseria y la devastación». Un autor que se escondía bajo el sobrenombre de «Nauticus» acusó

a lord Sandwich, primer lord del Almirantazgo, de ordenar con frivolidad el horrendo incendio de Falmouth. «Deleitándose con las miserias de la humanidad», había esperado al inicio del invierno para que el desplazado «anciano progenitor y el niño indefenso quedaran expuestos a la severidad de las heladas». El incendio de Falmouth se convirtió en un *leitmotiv* para los patriotas norteamericanos y para los conciliadores británicos. El secretario de Exteriores del archienemigo de Gran Bretaña, Francia, demostró, en cierto modo como Edmund Burke, tener más vista que muchos líderes británicos cuando caracterizó los sucesos de Falmouth de «absurdo y bárbaro procedimiento por parte de una nación ilustrada y civilizada». Falmouth parecía, sin duda, un desastre de primer orden para las relaciones públicas de Gran Bretaña.¹¹



CAPÍTULO 3 EL RUBICÓN

Los revolucionarios acusaban en particular a los hessianos de ser unos guerreros en especial agresivos e inmorales. En previsión de su llegada, alguien sugirió la idea de que Washington apostara de 500 a 1000 patriotas, pintados como nativos norteamericanos, en los lugares donde fueran a desembarcar los alemanes, con la intención de aterrorizar a estos enemigos supuestamente brutales. Howe, por su parte, aprovechó estratégicamente el temor de los norteamericanos hacia los despiadados hessianos y situó a estos en Amboy Ferry, bloqueando la ruta que comunicaba con el campamento de Washington. Según informes posteriores, durante la acción del 27 de agosto, las tropas continentales que ya no podían resistir más buscaron rendirse ante fuerzas enemigas que no fueran hessianas, debido a que temían que estas no les dieran cuartel. Un soldado estadounidense afirmó que los hessianos «se comportaron con una gran inhumanidad» y que «golpeaban en la cabeza a los hombres que yacían heridos en el campo de batalla». Hubo incluso acusaciones, no comprobadas, de que los hessianos habían clavado a soldados enemigos en troncos de árboles con sus bayonetas y que habían arrojado a cientos de cadáveres enemigos a una enorme fosa común.⁵⁶

Un oficial alemán, en un pasaje escrito en código en una carta que envió a su hogar, reconoció haber cometido atrocidades contra unos prisioneros. Relató que, cuando la patrulla de un regimiento trajo a unos prisioneros al campamento, «muchos individuos de alto rango abandonaron allí sus sueños de convertirse en héroes. Los prisioneros que se arrodillaron y pidieron rendirse fueron golpeados». Además, los soldados alemanes acribillaron con sus bayonetas a algunos norteamericanos después de que estos se hubieran rendido, aunque, en algunos casos al menos, parece que se trató de una reacción debida a falsas rendiciones anteriores de patriotas que luego volvían a disparar contra los hessianos al acercarse estos.⁵⁷

Tal vez no fue la agresividad intrínseca de los hessianos lo que condujo a todas estas barbaridades. Un oficial británico del regimiento escocés de Fraser resumía orgulloso que «los hessianos y nuestros bravos

escoceses no dieron cuartel, y daba gusto ver con qué prontitud despachaban a los rebeldes con las bayonetas después de haberlos rodeado de forma que no se pudieran resistir». Pero también reveló una treta psicológica destinada a espolear la fiereza de los alemanes: «Nos encargamos de decirles a los hessianos que los rebeldes habían decidido no darles cuartel –a ellos en particular–, lo que hizo que lucharan con desesperación y que dieran muerte a todos los que caían en sus manos». Luego lo justificaba: «[...] todas las estrategias son legítimas en la guerra, en especial contra enemigos tan viles para con su rey y su país». Los desertores hessianos confirmaron más tarde que los británicos habían intentado manipularlos; incluso les habían llegado a decir que los rebeldes devoraban a los soldados que tomaban prisioneros. Las tropas británicas y alemanas también se acusaron mutuamente de abusos en el campo de batalla. Un oficial alemán informó que los «ingleses daban poco cuartel al enemigo y animaron a nuestros hombres a hacer lo mismo». De hecho, no hay pruebas concluyentes de que los hessianos lucharan de una forma más brutal o de que violaran los códigos de la guerra de un modo más flagrante que los británicos. En la gran mayoría de los casos, parece que las atrocidades fueron más la excepción que la norma. Sin embargo, cuando los rumores, las exageraciones o incluso las informaciones falsas coincidían con la siniestra reputación de los hessianos, servían para inspirar auténtico miedo y, a la vez, para espolear el deseo de venganza.⁵⁸



CAPÍTULO 5 CUERPOS VIOLADOS

El comité de Witherspoon se había basado en un pequeño número de casos, a veces con pruebas no muy convincentes, pero tuvo éxito a la hora de contar una historia plausible y coherente sobre la crueldad del Ejército británico. Por todas las colonias, el citado informe y otras publicaciones oficiales similares encajaban con las experiencias de los lectores y las amplificaban. Muchos de ellos ya habían sido, o iban a ser a lo largo de la guerra, testigos o incluso víctimas de atrocidades británicas en sus propias ciudades y pueblos. Las circunstancias de cada incidente eran variadas. Sin embargo, al relatarlas una y otra vez en panfletos o en poemas, en los púlpitos o las tabernas de todo el país, lo que surgió no fue una diversidad regional, sino una cultura común del país que acentuaba las experiencias compartidas. Quién, se preguntaba un poeta en el *Independent Chronicle*, podía oír cosas acerca de la «maldad y brutalidad» del enemigo «y no, con celo patriótico, / noblemente dar un paso al frente para proteger a sus mujeres e hijos! / ¡Y hender una daga en el corazón del criminal / que ha robado nuestra paz, nuestro todo y nuestro honor!». Plumas patriotas como aquella agitaban las emociones de los ciudadanos republicanos ofendidos. En los nacientes Estados Unidos, los medios impresos, en especial los periódicos, fueron clave en la forja de una conciencia política y de un sentimiento de comunidad y pertenencia nacional. En esta tarea, las acusaciones de crímenes de guerra proporcionaban un poderoso contenido narrativo.

Aunque eran capaces de manipular las historias de crímenes de guerra cuando les convenía (como en el caso del general Mercer), los patriotas también inventaron formas novedosas de documentar las atrocidades de los campos de batalla y así impulsar una narrativa verosímil de victimización y legitimar mejor la rebelión y la guerra civil. Inspirados por el giro de su época en cuestiones legales y científicas hacia el empirismo, y sacando partido de la pericia periodística de sus miembros, las autoridades revolucionarias exhibieron cuerpos mutilados y violados para ayudar a construir una nación unida y para ganarse la simpatía hacia su causa en el extranjero.

El experimento que emprendió el Congreso en 1777 fue una vía original de exponer los crímenes de guerra apoyada en argumentos legales y en pruebas forenses. Al dar fe y construir la narración de las víctimas acerca de los daños corporales que habían sufrido, las autoridades políticas y militares buscaban legitimar su guerra. La guerra de las heridas servía para alimentar la guerra de las palabras en la que se disputaban los apoyos tanto internos como de ultramar. Es razonable suponer que los patriotas estaban especialmente interesados en documentar, a ojos de la comunidad internacional, los abusos enemigos para compensar el déficit de legitimidad con que ellos, debido a su condición de insurgentes, habían entrado en el conflicto. El establecimiento de diferencias claras entre ellos y sus enemigos británicos y los auxiliares de estos era clave en esta tarea.



CAPÍTULO 7 AGUJEROS NEGROS

Por muy deprimentes y brutales que fueran las condiciones de los reclusos en Nueva York o en Filadelfia, los prisioneros patriotas soportaron condiciones mucho peores en los buques prisión anclados frente a la ciudad de Nueva York. Estos «"agujeros negros" móviles» albergaron a la mayoría de los prisioneros patriotas durante la guerra. En un primer momento, fueron soldados capturados en la batalla de Long Island y en otros choques de la campaña de Nueva York, además de prisioneros políticos, y, pronto, también un gran número de marinos. Los primeros buques prisión fueron antiguos transportes de ganado y otros barcos de mercancías situados en la bahía de Gravesend, en Nueva York, que luego pasaron a los ríos Hudson y East y más tarde, en 1778, a la bahía de Wallabout, en la costa noroeste de Brooklyn. Durante el transcurso de la guerra, Gran Bretaña empleó alrededor de dos docenas de embarcaciones como cárceles flotantes en Nueva York. La mayoría antes habían sido navíos de guerra, corbetas; buques almacén, hospital y de bomberos, y transportes. También se utilizaron otra media docena en Charleston y uno en Santa Lucía. Para los cautivos estadounidenses, estos barcos eran la expresión más extrema de la crueldad británica. Un marino, que tenía diecisiete años cuando fue apresado, recordaba que la «mera idea de estar encarcelados en este pandemónium flotante nos llenaba de horror».⁵

Cada nuevo prisionero que era llevado, en un bote de remos, a aquel lugar de confinamiento, habría advertido el nauseabundo olor que expelían los contados respiraderos del costado del barco, «una fuerte corriente de vapor viciado» habitual también en los barcos negreros. El capitán John van Dyke recordaba que, cuando subió a bordo de uno de los buques prisión, «su hedor era tan grande que al respirar aquel aire pútrido pensé que me mataría». Un marino recordaba, de su primera noche, «sonidos lúgubres que llegaban a mis oídos de todas direcciones; una atmósfera nauseabunda y putrefacta que llenaba mis pulmones en cada aliento, y un calor sofocante y asfixiante que casi me privaba del juicio e incluso de la vida». Ichabod Perry, de Fairfield (Connecticut), por entonces sol-

dado de diecisiete años, les hablaría más tarde a sus hijos de la completa oscuridad de su primera noche a bordo de otro barco prisión, en la que un tercio de los prisioneros «se asfixió por falta de espacio». Otros recordarían los

ruidos continuos durante la noche. Los gemidos de los enfermos y los moribundos; las maldiciones proferidas por los fatigados y los exhaustos contra nuestros desalmados guardias; la inquietud causada por el calor asfixiante y el aire cerrado y envenenado; mezclados con los disparatados e incoherentes desvaríos del delirio, eran los sonidos que, cada noche, se alzaban en torno a nosotros, desde todas las direcciones.

Los olores a bordo llegaban a ser tan insoportables que los hombres que eran enviados a tierra para realizar los enterramientos se llevaban de vuelta terrones y parches de hierba con el fin de que pudieran olerlos quienes permanecían en el barco: la tierra «pasaba [...] de mano en mano y se inhalaba su olor como si fuera una rosa fragante». La experiencia del cautiverio también reducía la percepción sensorial de los individuos, incluso en mayor grado que en las minas de Simsbury, pues algunos llegaban a perder la voz y otros el oído. Un número que desconocemos de reclusos se volvieron inestables psíquicamente, como le sucedió a un hombre, recordado por un tal Thomas Andros, que por las noches rondaba por el barco con un cuchillo.⁶



CAPÍTULO 9 CUERPOS VIOLADOS

Adam Hubley, un joven oficial que servía a las órdenes de Sullivan, calificó el paisaje de pintoresco. Wyoming estaba situado en un lugar «elegante y delicioso», en la orilla este del ramal oriental del río Susquehanna, en un «extenso valle» que Hubley pintaba tal que «puro jardín de suelo rico y excelente, abundoso en grandes árboles madereros» y rodeado por cadenas montañosas. La propia población consistía en alrededor de setenta cabañas de madera, así como varios hornos y ahumaderos, que mantenían abastecido al centenar de soldados de la guarnición del fuerte local. Los vecinos ofrecían un penoso contraste con el idílico marco natural. Dos tercios eran viudas y huérfanos «que por las viles manos de los salvajes han sido cruelmente privados» de maridos, padres y amigos, además de «robados y saqueados de todos sus muebles y ropa».²

Muchos de los oficiales y soldados de Sullivan habían empleado los días anteriores en visitar un siniestro campo de batalla en el que los fragmentos de esqueletos y los cuerpos en descomposición, dispersos a lo largo de un área de 3 km, evocaban las inenarrables atrocidades de las que tanto habían oído hablar. La tropa recorrió el lugar por su cuenta, mientras que los oficiales se hicieron acompañar por guías locales que les mostraban cráneos «con la cabellera arrancada e inhumanamente machacados con el hacha» o «brutalmente acuchillados y golpeados». Estos restos eran prueba irrefutable de «que las pobres criaturas debieron sufrir de un modo terrible». A los turistas también los llevaban ante una fosa común de más de 70 cuerpos. Nathan Davis, que entonces tenía diecisiete años, recordaría más tarde: «Aquí y allá había algún esqueleto secándose en el bosque, o a campo abierto, con las señales del *tomahawk* en él». En un lugar, según recordaría otro soldado, «se hallaron siete u ocho personas casi consumidas: las habían quemado hasta morir». En un punto donde la hierba crecía ahora de forma distinta, era evidente que catorce hombres habían sido obligados a sentarse en círculo y que luego los habían matado con *tomahawks* de uno en uno. Los peregrinos-soldados lo llamaron «lugar de calaveras» y «Gólgota» estadounidense.³

Justo un año antes, los guerreros de la Confederación Iroquesa encabezados por el jefe mohawk Thayendanegea, el cual hablaba inglés con fluidez y también era conocido como Joseph Brant, habían atacado, junto a los

rangers lealistas del coronel John Butler, algunos asentamientos del valle del Wyoming. Aquella región había sido escenario, durante dos décadas, de un conflicto violento entre los colonos de Pensilvania y Connecticut, y también entre ellos y los indios delawareos. El 3 de julio de 1778, Butler y sus guerreros, en su mayoría senecas, mataron entre 220 y 300 soldados patriotas, contando milicianos y continentales, bien en batalla, bien mientras huían. Aunque Butler aprobó el incendio de 1000 hogares y numerosos fuertes, consiguió proteger a los supervivientes de la milicia que se rendían y también a los civiles. Sin embargo, los patriotas lo acusaron de haber cometido una masacre. Inflaron el número de muertos hasta cuatro centenares y adornaron sus relatos con atrocidades espeluznantes.⁴

Ahora, mientras el ejército occidental de Sullivan descansaba en Wyoming y 80 de sus oficiales celebraban el aniversario de la independencia de los Estados Unidos, estos alzaron dos calaveras para aumentar el efecto dramático de un nuevo brindis: «Civilización o muerte a todos los salvajes americanos». Unos días más tarde, aquel mismo mes, el ejército de Sullivan recogería los huesos de dos supuestos mártires de Wyoming, de quienes se decía que unos guerreros salvajes –e incluso una mujer guerrera– los habían herido con *tomahawks* y luego les habían arrancado las cabelleras y los habían lanceado. Los volvieron a inhumar en una ceremonia masónico-militar en la que poco importó que, en realidad, el capitán Davis y el teniente Jones hubieran sido asesinados mientras cazaban unos meses antes de la batalla. La veracidad de las acusaciones concretas tenía mucha menos importancia que su fuerza emocional. Para los soldados continentales, los huesos y calaveras de los que se habían encargado en la víspera de su campaña corroboraban las aterradoras historias de masacres indias y les ayudaban a justificar su propia misión. Al fin y al cabo, la experiencia había demostrado que la violencia extremada era el único idioma que parecían entender los salvajes.⁵



EPÍLOGO

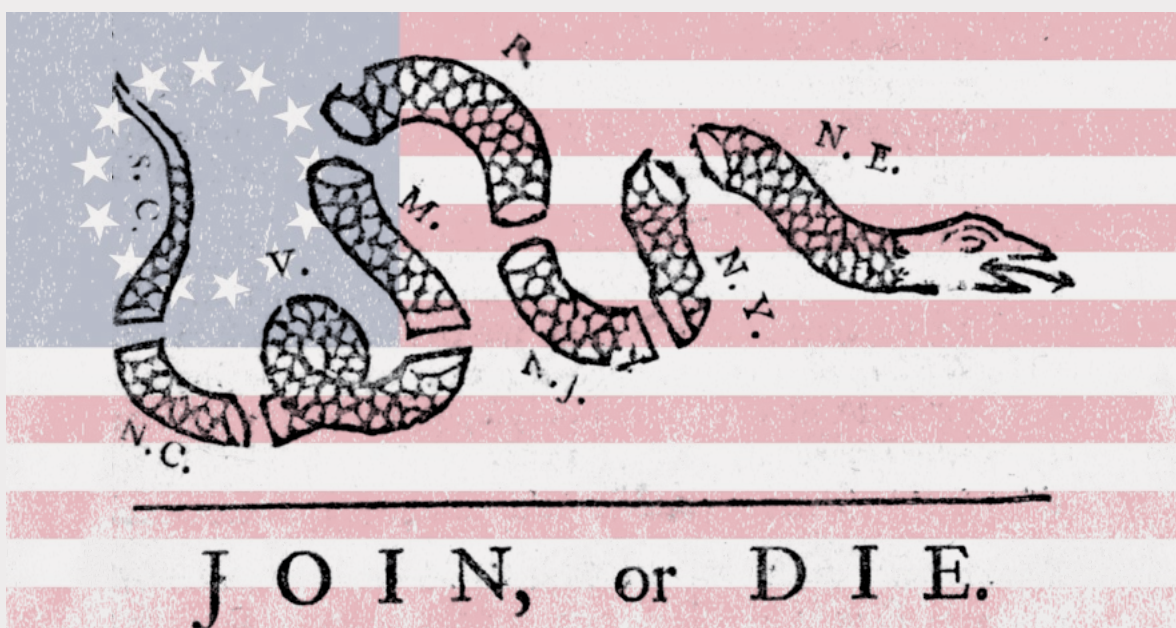
En ambas orillas del Atlántico, la Revolución propició una especie de reevaluación moral. Para el Imperio británico, la pérdida de sus colonias fue un catalizador para emprender reformas más amplias. La mayoría de los historiadores coinciden en que la derrota «provocó muchas reflexiones introspectivas que llevaron a una campaña de regeneración moral», según explica Stephen Conway, y a una tendencia hacia un «despotismo humanitario, civilizado y regulado» en un imperio que iba a desplazar su centro de gravedad hacia oriente y hacia poblaciones en su mayoría no blancas. Después de lograr resistir a Francia y España en múltiples frentes, en la paz definitiva de 1783 el Imperio británico no solo retuvo la mayor parte de sus posesiones caribeñas, sino que reforzó su posición en la India gracias a la obtención de la base holandesa de Negapatam, preludio de una enorme expansión posterior en Asia. Al mismo tiempo, la derrota, sufrida en una guerra en la que tanto antiguos súbditos como británicos escépticos habían criticado al país por abandonar las normas debidas de comportamiento humanitario, centró la atención de la clase política y de la opinión pública en las grandes cuestiones morales a las que se enfrentaba su imperio: la esclavitud y su abolición, así como en la explotación corrupta y los crímenes contra la humanidad que se cometían en la India británica.¹⁸

El hombre enviado en 1786 a restaurar cierto sentido de probidad moral del Imperio en la India –en calidad de gobernador general de Bengala y comandante en jefe de las fuerzas británicas en la India– no fue otro que el general Cornwallis, que había emergido de la guerra norteamericana con su reputación prácticamente intacta. De hecho, Cornwallis se convirtió en una especie de «componedor imperial» y más adelante sería enviado a Dublín, durante el levantamiento irlandés de 1798. A Germain, Grey y Ferguson, su experiencia previa en tareas de represión de poblaciones rebeldes les había llevado a favorecer una severidad romana y a mirar a otro lado en los controvertidos choques militares que tuvieron lugar en Norteamérica. Cornwallis, en cambio, condenaría el comportamiento de ambos bandos del conflicto irlandés por

su extrema violencia en aquella guerra civil religiosa. Tras derrotar un intento de invasión francés y de ayudar a sofocar el citado levantamiento, Cornwallis defendió una amnistía general, aunque no sin ejecutar a algunos de los jefes rebeldes, igual que había hecho antes en el sur de las colonias norteamericanas. Para entonces, las guerras totales del periodo de la Revolución francesa habían despertado un movimiento pacifista en Gran Bretaña que encontró campo abonado en las anteriores posturas contrarias a la Guerra de la Revolución estadounidense y en la crítica que entonces se había hecho a algunos procedimientos y medios que se utilizaron durante la misma.¹⁹

La abolición del comercio de esclavos en el Imperio británico en 1807 y de la propia esclavitud en 1834 –decisiones cruciales, fruto del ajuste moral posterior a la guerra de Norteamérica– contrastaba mucho con el atrincheramiento y la expansión de la esclavitud en los Estados Unidos. Aunque millares de negros habían luchado en el bando patriota, los Estados Unidos no resolvieron la contradicción que había entre hacer la guerra en nombre de la libertad y la esclavización de los africanos y de sus descendientes en el país. Mientras el número de esclavos en el país crecía, triplicándose entre 1775 y 1825, las mujeres del Sur pedían a las autoridades que exculparan a sus maridos lealistas desterrados, subrayando que estos habían ayudado a la devolución a sus dueños de esclavos robados durante la ocupación británica. Estas mujeres, escribe Cynthia Kierner, esperanzadas de que sus contribuciones a la preservación de la «supremacía blanca» sirvieran para «compensar sus errores políticos», respaldaron una visión de los Estados Unidos como una sociedad esclavista que en 1787 fue santificada en la Constitución.²⁰





Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

